

BRUNO DUMÉZIL

CARLOMAGNO

Traducción de Lourdes Martínez Pérez



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 55

Título original: *Charlemagne*

© Presses universitaires de France / Humensis, 2023

© Bruno Dumézil, 2023

© De la traducción del francés, Lourdes Martínez Pérez, 2025

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre, 2025

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Fotografía de cubierta: *Carlomagno*. Alberto Durero, c. 1512

ISBN: 978-84-129012-4-5

Thema: DNBH, 1QBDF

Depósito legal: M-14940-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN	11
Los sesgos documentales	13
Las vidas de Carlomagno	18
1. HEREDERO DE LOS PIPÍNIDAS	21
El legado del reino merovingio	21
El occidente bárbaro-romano: un mundo competitivo	25
Reyes y nobles	29
El auge de los austrasianos	32
Carlos Martel	37
2. HIJO DE PIPINO EL BREVE	41
La sucesión de Martel	41
El cambio de dinastía	45
Las iniciativas de Pipino el Breve	49
Carlos y Carlomán, reyes de los francos	52
3. REY DE GUERRA	57
El carisma de un rey	57
El conflicto entre los dos hermanos	60
El poderío militar	63
Los límites del ejército	68
Primeros pases de armas	72
La expansión del reino	75
4. FUNDADOR DEL IMPERIO	81
La coronación del año 800	83
Manifestar el imperio	89
Administrar desde el centro	94

Legislar	96
Los desafíos de la administración local	100
Los <i>missi dominici</i>	106
La red dinástica	109
5. CONSTRUCTOR DE LA IGLESIA	117
Definir la Iglesia	118
Proteger la ortodoxia	121
Luchar contra el paganismo: el caso de Sajonia	124
Reformar la Iglesia	127
Unificar el monacato	129
Asegurar la salvación de los laicos	132
6. EL PRÍNCIPE DE LAS LETRAS	137
Las condiciones del renacimiento	137
La Academia palatina	140
El impulso escolar	143
Los centros de estudios	148
Entender y exaltar la palabra de Dios	151
El libro como tesoro	153
7. DE CARLOS EL GRANDE A CARLOMAGNO	157
La nostalgia de la edad de oro	158
La sangre carolingia en la edad feudal	164
El heraldo de los cruzados y de los peregrinos	168
Dulce Francia	171
El emperador y las naciones	174
La unidad europea	179
CONCLUSIÓN	183
CRONOLOGÍA SUCINTA	187
MAPA	191
GENEALOGÍA SIMPLIFICADA DE LA FAMILIA CAROLINGIA	192
BIBLIOGRAFÍA	193

Prefacio

El presente libro nace de una biografía sonora grabada en 2021 por Frémeaux & Associés. Conserva una gran parte de oralidad. La conferencia constituye un espacio de libertad que permite al emisor concentrarse sobre ciertos puntos que le parecen esenciales, y descuidar otros porque son difíciles de explorar en el tiempo dedicado, sin privarse de algunas digresiones hacia tramas más o menos cercanas al tema principal. El objetivo no es la exhaustividad. El juego pedagógico equivale más bien a aclarar el asunto principal sin imponer una objetividad perfecta de los diferentes aspectos. Digámoslo: la interacción con un auditorio invita a una cierta subjetividad, mientras que la actualidad y las pasiones del momento llevan a explorar más o menos tal o cual aspecto del pasado. Cuando el discurso se concentra sobre un personaje célebre, la conferencia tiende a ahondar en los detalles.

Si queremos hacerlo de manera correcta, esta no es la forma que debería adoptar una biografía académica, de la que se esperaría una cobertura más completa. Este pequeño volumen no debe ser considerado, pues, como una síntesis sobre Carlomagno; el lector encontrará en la bibliografía trabajos más exhaustivos de investigadores experimentados. Su objetivo es más bien restituir el ambiente de un encuentro

en el que, en el espacio de algunas horas, un docente intenta instruir, interesar y emocionar a su público. *Docere, placere, movere*: tales eran los fundamentos de aquella retórica antigua que los contemporáneos de Carlomagno volvieron a utilizar con talento y cuyos magníficos manuscritos en letra carolina legaron al futuro.

Introducción

¿Realmente es necesario presentar a Carlomagno? El emperador es uno de los pocos personajes que aún conocemos de la Edad Media, una de esas figuras icónicas que, como el Rey Arturo, los caballeros templarios o Juana de Arco, han logrado sobrevivir al paso del tiempo. Para conocerlo, basta con acercarse a la explanada de Notre Dame de París, donde se alza desde el siglo XIX la estatua de «Carlomagno y sus leudes». El emperador luce una barba florida y lleva la corona del Sacro Imperio Romano Germánico, blandiendo el cetro de los reyes de Francia. Es una de las pocas estatuas que no se fundieron durante la ocupación nazi de la capital: Carlomagno, mitad francés y mitad alemán, sobrevivió a la destrucción del patrimonio metálico de París. Para encontrar al emperador, también se puede visitar el Louvre. Allí podrá ver a Joyosa, la espada de Carlomagno, que se utilizaba para coronar a los reyes de Francia, y que también logró atravesar los siglos, hasta el punto de sobrevivir milagrosamente a la Revolución francesa. ¿Por qué no encendemos la radio? En 1964, France Gall cantaba «Sacré Charlemagne», canción en que criticaba al emperador por haber inventado el colegio; la canción sigue siendo popular entre los franceses a pesar de lo desfasado de

su carácter. No cabe duda de que el emperador forma parte del patrimonio nacional francés. Pero es también un símbolo transnacional, ya que cada año en Aquisgrán se concede el Premio Carlomagno a la personalidad que, según la fórmula establecida, «haya contribuido más a la unidad europea». Los manuales escolares en Francia, Alemania, Bélgica y Luxemburgo recuerdan que el gran Carlos fue el padre de Europa: fue el primero en unificar el continente y en ser coronado emperador el día de Navidad, en el año 800, una fecha fácil de recordar.

En su mayor parte, toda la imaginería de la que acabamos de hablar es falsa o, mejor dicho, no tiene nada que ver con el Carlomagno histórico. La barba florida que se puede ver en la estatua frente a Notre Dame, y en casi todas las representaciones actuales, es un atributo que no apareció hasta el siglo x. Según todos los testimonios contemporáneos, el emperador del 800 solo llevaba bigote. Asimismo, la corona del Sacro Imperio Romano Germánico de Carlomagno solo data del siglo xi. La espada Joyosa es el resultado de la unión de varios elementos, los más antiguos de los cuales se remontan al siglo x. El escudo de Carlomagno, que aparece en el famoso retrato de Durero del emperador, está todavía muy presente en Alemania. Este blasón mitad flor de lis, mitad águila, solo existió realmente a partir del siglo xiii y es pura invención; tal símbolo pretendía convertir a Carlomagno en el antepasado de las dos naciones, Francia y Germania.

Incluso el nombre de Carlomagno, la verdad sea dicha, es apócrifo. El personaje se llamaba sin duda

Karl en tudesco, que era la lengua de sus antepasados, pero también la lengua de comunicación en el medio en el que vivía. Le llamaban, por el contrario, Carolus en latín, lengua de su administración y de los letrados que poblaban su corte. En cuanto al sobrenombre Magnus, que significa «el Grande», se documenta durante su vida, pero no fue identificado de verdad con ese nombre hasta después de su muerte. Entre los siglos IX y X, la forma de Carolus Magnus se impuso para distinguir al emperador del año 800 de sus otros descendientes, igualmente emperadores y llamados también Carolus, como Carlos el Calvo o Carlos el Gordo. En francés, Carolus Magnus se convirtió en Charlemagne solamente a partir del año 1000. Fue necesario esperar todavía casi nueve siglos para que se empezase a hablar de «periodo carolingio», como si la dinastía de los Carlos hubiera producido una civilización radicalmente diferente de la de los francos de los siglos VI-VII, considerados por contraste como «bárbaros».

LOS SESGOS DOCUMENTALES

En sí mismas, las fuentes contemporáneas del reinado de Carlomagno (768-814) no son insignificantes. Disponemos, en primer lugar, de los actos de poder soberano, que se designan bajo el nombre de capitulares, ya que su texto está dividido en capítulos, *capitula* en latín. Aunque ninguno de los ejemplares originales ha sobrevivido, circularon copias de estos documentos y poseemos más de cincuenta bajo formas más o menos completas. Los capitulares servían

para transmitir la legislación (a menudo a través de añadidos a las leyes anteriores), para aclarar el funcionamiento de la administración, pero sobre todo para permitir la comunicación entre el rey y sus súbditos. En cierta manera, es la voz de Carlomagno que llega hasta nosotros. Conservamos de igual manera un pequeño número de misivas oficiales enviadas por el Palacio, así como diplomas, actas emitidas por la cancillería real. Aunque los sucesores de Carlomagno están mejor documentados en la materia, estos materiales permiten adivinar el funcionamiento del Estado carolingio. Desgraciadamente, muchos de estos textos han llegado hasta nosotros desprovistos de fecha y el área de aplicación geográfica es a menudo desconocida; estas incertidumbres hacen que su interpretación sea delicada.

Acercarse al individuo que fue Carlomagno es más difícil, aunque, por suerte, en la alta Edad Media se dedicaba un amplio lugar a los intercambios epistolares que desempeñaban en cierta medida el mismo rol que nuestras redes sociales. Han llegado hasta nosotros conjuntos enormes de cartas privadas de personas de importancia, como el anglosajón Alcuino o el visigodo Teodolfo, cercanos al emperador. De vez en cuando, el mismo Carlomagno se manifestaba en una misiva privada cuya redacción habría confiado a un secretario. Podemos adivinar así una cierta sociología de la corte y de sus usos, aunque el número de protagonistas implicados es muy limitado.

Todo esto no nos permitiría construir una verdadera cronología. Para establecer la historia

del reino, es necesario utilizar fuentes narrativas que presentan un relato de lo que fue la acción de Carlomagno. Por suerte, poseemos las *Crónicas del reino de los francos*, denominadas *Anales* en francés, que ofrecen una serie continua de entradas entre los años 740 y 820, cubriendo así lo esencial del reinado. Este texto fue redactado por varios autores desconocidos, ya fuera en palacio, ya en un centro eclesiástico vinculado a la familia carolingia. El término *anales* no debe, sin embargo, engañarnos. El relato de los acontecimientos no está consignado año tras año, sino bloque a bloque. Por ejemplo, el primer redactor de las *Crónicas del reino de los francos* compone de una tirada el relato entre los años 741 y 788. Sigue una gran campaña de redacción hacia 801, y después una vasta empresa de reescritura y de corrección estilística que continúa tras la muerte de Carlomagno. Es decir, las *Crónicas* no tienen nada de una relación objetiva e inmediata: en ellas se atenúan los acontecimientos molestos, se olvidan las derrotas o se minimiza la responsabilidad del rey en las tomas de decisión que, *a posteriori*, resultaron ser desastrosas. En la primera redacción, el llamado desastre «de Roncesvalles» se silenció lisa y llanamente. Por el contrario, se celebran de manera sistemática los logros militares: el reinado se reduce prácticamente a una suma de campañas victoriosas contra una multitud de adversarios. Tras el año 800, otras *Crónicas*, que mantienen la misma perspectiva, vieron la luz en diferentes lugares del imperio. Entre los numerosos textos de propaganda encargados en Palacio o escritos bajos su influencia,

hay que contar también las obras de los poetas de la corte, como el que, hacia 799, califica a Carlomagno como «padre de Europa», mención aislada, pero destinada a perdurar en el tiempo.

La última de nuestras principales fuentes es la *Vida de Carlomagno*, una biografía escrita por Eginardo, cortesano y antiguo amigo del emperador. En un latín magnífico, alimentado de expresiones tomadas de los mejores autores de la Antigüedad, Eginardo relata el gran reinado, pero con una diferencia cronológica aún más importante que la de las *Crónicas*, ya que tomó la pluma entre diez y veinte años después de la muerte de Carlomagno. En aquel momento, el Imperio carolingio empezaba a entrar en crisis. Eginardo esbozó la descripción de una «belle époque», ya terminada, e idealizada en consecuencia. Nostálgico, la *Vida de Carlomagno* podría constituir también un texto crítico respecto al sucesor de Carlos, Ludovico Pío, aunque los especialistas siguen debatiendo este aspecto de la obra. De todas maneras, la biografía de Eginardo constituye, del mismo modo que las *Crónicas* que utiliza, una trampa formidable: se invita a los lectores a ver en Carlomagno un nuevo Augusto, olvidando que el destino imperial del rey de los francos no había sido evidente en absoluto. El éxito de esta *Vida de Carlomagno* fue inmenso y duradero. En la década del 880, el monje Notkero Bálbulo¹ la completó con una recopilación de anécdotas bajo la forma de los *Gesta Karoli Magni*. Pero la mayoría de estas historias no son

1 También conocido como Noktero el Tartamudo. [N. de la T.]

comprobables y constituyen un testimonio sobre el ambiente político y cultural de finales del siglo IX, en un momento en el que se presentaba a Carlomagno como un modelo para su lejano descendiente Carlos III el Gordo.

La documentación presenta, en resumen, sesgos inmensos. En primer lugar, solamente poseemos textos favorables al emperador y, en su mayoría, elaborados en su entorno. Estas obras contribuyen, voluntariamente, a crear una leyenda dorada. Además, se conserva un gran número de documentos de alrededor del año 800, lo que ha ocasionado una tendencia a atribuir a Carlomagno una mayor actividad frenética que sus predecesores de los siglos V-VIII. Pero esta conservación se puede explicar por otros factores. Hasta mediados del siglo VII, se utilizaba sobre todo papiro para redactar los textos. Este soporte permitía realizar una escritura cursiva bastante rápida, pero resultó ser frágil y perecedero. Los documentos oficiales compuestos por la dinastía merovingia que reinó antes de la familia de Carlomagno han desaparecido casi todos. A partir del siglo VIII, Occidente eligió utilizar exclusivamente pergamino, es decir, piel de animal preparada. Aunque es mucho más costoso que el papiro, este soporte es extremadamente robusto. En resumen, en la época de Carlomagno se elaboraron quizás menos textos que en la de Clodoveo o Dagoberto, pero lo que se escribió ha tenido muchas más posibilidades de llegar hasta nosotros. No debemos olvidar este aspecto cuantitativo, ya que podría alterar nuestra perspectiva. Imaginemos que perdiéramos hoy en

día todos los soportes informáticos y digitales. ¿Qué pensarían los historiadores del futuro de la Francia del siglo XXI? Sin duda, pensarían que su administración era muy limitada y que la cultura era principalmente oral, mientras que la Tercera y Cuarta Repúblicas² serían elevadas a épocas doradas, ya que han dejado montones de textos escritos en papel, un soporte que tiene más posibilidad de sobrevivir que los discos duros.

Por supuesto, la aventura de Carlomagno no puede reducirse a una ilusión documental. Pero, en sí misma, nos llama la atención la cantidad de textos escritos entre 768 y 814. ¿Este concierto de alabanzas da testimonio del apoyo incondicional de los francos hacia el soberano indiscutible o, por el contrario, de la necesidad que Carlomagno y los suyos tenían de demostrar su legitimidad frente a posibles puestas en entredicho? Una propaganda hábil consigue a veces cambiar la realidad. En el año 800, logró sin duda alguna fundar un nuevo Imperio en Occidente, no sobre las ruinas de Roma, sino sobre la edificación de la realeza franca.

LAS VIDAS DE CARLOMAGNO

Sin ser modestos, los orígenes de Carlomagno no dejaban adivinar el éxito futuro. Nació a mediados del siglo VIII, quizás en 742 como apunta la tradición, o quizás un poco más tarde. Los últimos estudios se inclinan en favor de la fecha del 2 de abril de 748.

2 La Tercera República francesa se extendió de 1870 a 1940, y la Cuarta, de 1946 a 1958. [N. de la T.]

Era hijo de un gran oficial franco, el mayordomo de palacio, Pipino el Breve, y de su esposa Bertranda,³ de quien más tarde se diría que tenía uno de los pies muy grande. Hoy en día, nunca pensamos en Carlomagno como un recién nacido, ni siquiera como un niño de corta edad. Cuando se le menciona por primera vez en los años 750, parece que ya es capaz de ejercer un pequeño poder de representación. No podremos decir nada de esos primeros años de Carlomagno, ya que su principal biógrafo, Eginardo, declara no saber nada. Esto es sorprendente: Eginardo había conocido a muchas personas de la misma edad que Carlomagno, y es difícil imaginar que los tiernos años del soberano no dejaran algunos recuerdos. Sin duda, había muchas cosas que disimular de esta infancia. En primer lugar, cuando nació Carlomagno, ya sea en 742 o en 748, no era emperador, por supuesto, pero ni siquiera era príncipe, ya que su padre no había llegado a ser rey todavía. Pipino el Breve no fue coronado hasta el año 751. Tal era probablemente la maldición original de Carlomagno: vio la luz como un simple aristócrata franco bajo el dominio de un rey merovingio. Más tarde se convirtió en príncipe real, después en rey, y solamente hacia el final de su vida se transformó en el emperador que recordamos. Este último quiso hacer que se olvidara a aquel niño originario de una familia de advenedizos, en esa Edad Media en la que la movilidad social rápida se percibía como la peor de las subversiones.

3 También conocida como Berta de Laon. [N de la T.]

Se puede decir que Carlomagno vivió varias existencias durante sus sesenta años de vida. Empezó como heredero de una familia noble, después fue un rey de la guerra, dentro de su reino y, cada vez más, en el exterior. Tuvo una vida de familia bastante agitada y una vida de soberano cristiano mucho más regulada.

Algunas de las vidas de Carlomagno puede que solo sean ficción. Por ejemplo, asociamos su nombre a una reforma escolar de la que fue sin duda más el acompañante que el iniciador. En cuanto a la última vida, fue la del emperador de la barba florida, el que ya no se llamaba Karl, sino Carlomagno. Este personaje no existió nunca, pero es aquel cuya biografía es la más fácil de rastrear, ya que siguió los sueños de grandeza o de unidad europea que se habían sucedido desde hacía un milenio.

Herederos de los pipínidas

Cuando Carlomagno nació en los años 740, su familia, los pipínidas —más tarde denominados carolingios—, ocupaba un lugar importante en el mundo franco desde hacía tres generaciones. Pero la familia reinante era todavía la de Clodoveo, los merovingios, una dinastía existente desde hacía tres siglos todavía asentada firmemente sobre el trono.

EL LEGADO DEL REINO MEROVINGIO

El reino franco, que había surgido entre los siglos v y vi, se asemejó enseguida a un imperio en cuanto que en él había un fuerte componente multiétnico. El soberano merovingio se autodenominaba «rey de los francos», pero reinaba igualmente sobre los alamanes, los burgundios y, especialmente, los romanos que vivían en las antiguas Galias. Si intentamos trazar un mapa, el reino franco parecía ya gigantesco: hacia el año 600, en el apogeo de los tiempos merovingios, se extendía desde Bretaña hasta Baviera y del mar del Norte hasta el piedemonte pirineo. Esta expansión era un resultado de las conquistas —como la Provenza, regalada por los ostrogodos en 537— o de la adhesión de las élites locales que

habían aceptado seguir la buena estrella de los herederos de Clodoveo.

Aunque el reino de los francos se había construido acumulando territorios y alianzas, se había mantenido presentándose como un proyecto político y religioso. Son raros los decretos que han llegado hasta nosotros de antes de mediados del siglo VIII, pero los pocos que conservamos muestran que el mundo merovingio, mucho antes del imperio de Carlomagno, pretendía asegurar una cierta continuidad con el mundo antiguo. En el siglo VI, el rey de los francos afirmaba ser el representante del emperador romano que residía en aquel momento en Constantinopla; Clodoveo recibió de su parte el consulado hacia 508. Posteriormente, los merovingios se volvieron autónomos, pero manteniendo el latín como lengua de su administración y continuando hasta los años 670 a acuñar monedas de tradición imperial. La realeza franca fue, además, reconocida como protectora de la Iglesia. En los años 580, el obispo Gregorio de Tours estimaba que la familia de Clodoveo había sido designada por Dios para gobernar las Galias, y la mayoría de los clérigos admitía que los merovingios defendían la fe como los reyes del Antiguo Testamento. «David» fue el apodo del rey Clotario II (584-629) mucho antes de ser el pseudónimo que Carlomagno utilizaría en su correspondencia. En el año 640, uno de los hijos de Dagoberto I fue incluso aclamado como «el ministro de Dios». La idea de una representación que el rey de los francos realizaba en la Tierra en nombre del Cielo fue ganando importancia en el siglo VII, a

medida que el rey no era ya realmente considerado como un jefe de guerra. Desde los años 500, el soberano era quien designaba a los nuevos obispos, los reunía en concilio y, a veces, los destituía. En resumen, Carlomagno no hubiera tenido que innovar más allá de lo debido cuando se presentara como defensor de la Iglesia y de sus fieles.

A pesar del tiempo que reinó y de su estabilidad, los franceses siguen teniendo en poca estima a la dinastía merovingia. Las mentes más jacobinas le reprochan, sobre todo, practicar la división en la herencia. De hecho, a finales del siglo VI, existían tres subreinos atribuidos a los descendientes de Clodoveo: Neustria al oeste, Burgundia en el valle del Ródano, y Austrasia al este; hacia el año 600, este último vio nacer los primeros antepasados conocidos de Carlomagno, quien conservó en la región lo mejor de sus recursos y apoyos. De todas maneras, no sería correcto oponer el Imperio carolingio unido a estos reinos merovingios desunidos. La repartición del territorio en varios subreinos se originó en una tradición romana, que se manifestó varias veces en los siglos III y IV. Además, la división no era para nada irreversible: a la muerte de un rey merovingio, no todos los hijos del difunto obtenían necesariamente un trono y, al contrario, un único príncipe podía obtener varios. Todo era negociable: según los equilibrios de poder, los diferentes territorios que formaban Neustria, Burgundia y Austria podían cambiar a su vez. Por lo que podemos saber, los sentimientos identitarios regionales eran débiles, lo que permitía una recomposición del conjunto del mundo

franco si se daba la oportunidad. En la práctica, el modelo de herencia fomentaba la negociación y el compromiso. Cuando ocurría un reparto, el objetivo era satisfacer a los miembros masculinos de la dinastía reinante, a veces a las viudas que se encontraban como regentes, pero sobre todo a los aristócratas vinculados a cada príncipe. Este modelo sucesorio no desapareció con la familia de Clodoveo: los carolingios y el mismo Carlomagno reutilizaron la división para mantener mejor sus estados, su familia y sus Grandes.

El universo merovingio también es despreciado por el carácter sumario de su administración: en el siglo v, el Estado antiguo habría muerto en la Galia, siendo sustituido por una gestión privada de los asuntos públicos. Se trata de una idea falsa. Digamos que Clodoveo y los suyos desarrollaron diferentes tipos de gobierno según los espacios. En el centro, el mundo franco se parecía mucho al antiguo Imperio romano, con un palacio todopoderoso y un uso extendido de la escritura. Esta región capitalina se extendía por una amplia cuenca parisina que incluía el valle del Mosela. Alrededor, en una primera marca de dominio, el reino franco se transformaba en un territorio fiscal, donde se recaudaban impuestos, pero en el que los funcionarios locales —los condes— disponían de amplios poderes sobre las antiguas ciudades romanas. Tal era el caso, por ejemplo, en Poitou o en Provenza. Un tercer círculo agrupaba los ducados periféricos como Alemania, Turingia o Baviera. En ellos, el rey de los francos no disponía ya de vínculos de hombre a hombre con los

dirigentes locales; a partir del siglo VIII se hablaría de relación de vasallaje.

Aún más lejos, el mundo merovingio se diluía en una zona de guerra, sometida a tributos o a pillajes constantes. Este era el caso de Sajonia, de los confines del mundo eslavo o de la Bretaña continental. En estos márgenes, el vínculo entre los potentados locales y el rey de los francos dependía del poder de este último; si el soberano se mostraba fuerte, estos espacios podían integrarse relativamente bien; si se debilitaba, salían de la órbita del reino. En resumen, el mundo franco se había desarrollado con capas de dominación sucesivas, cada vez más degradadas a medida que se alejaban del centro. Carlomagno heredaría este modelo; intentaría simplemente corregirlo reduciendo la autonomía de las zonas externas.

EL OCCIDENTE BÁRBARO-ROMANO: UN MUNDO COMPETITIVO

Más allá del último círculo de los dominios merovingios vivían pueblos con los que los francos establecían relaciones de alianza o de depredación mutua. Intentemos dar una vuelta a la situación de Europa entre finales del siglo VII y principios del siglo VIII, cuando comenzó la gran aventura de los carolingios.

Al norte del mundo franco, en la región de la desembocadura del Rin, acababa de surgir el pequeño reino frisón. Los frisones eran todavía paganos, lo que a ojos de los francos era sospechoso, pero poseían múltiples contactos, sobre todo con las islas británicas y con Escandinavia. Esta situación favorable les permitía aprovechar plenamente del auge

comercial que conoció el mar del Norte a partir del siglo VI. Si bien fueron los francos quienes inventaron el denario de plata en los años 670, los frisones difundieron esta nueva moneda y contribuyeron a hacer de ella un referente en los intercambios. Un día, el denario llegaría a ser la moneda de Carlomagno. Desde finales del siglo VII, Frisia se convirtió en un blanco para los guerreros francos, pero también en un terreno de acción para los misioneros anglosajones. Los reyes merovingios fueron los primeros en llevar a cabo experimentos de fundación de obispados e integración de las élites cristianizadas. En resumen, este pequeño reino renano fue el laboratorio del futuro Imperio carolingio.

Más al este y al norte se encontraba Sajonia. Sus habitantes también eran paganos, pero no tenían un único rey; en su lugar, formaban una confederación relativamente laxa de grupos dirigidos por pequeños caciques. Sin estar integrados en el reino de los francos, los sajones no se encontraban alejados del todo, ya que pagaban un tributo desde la mitad del siglo VI; ocasionalmente, servían también de fuerza militar auxiliar para los merovingios. Conocemos peor a los eslavos, que vivían aún más al este. Su nombre no aparece hasta el siglo VII en las fuentes occidentales. Ciertos grupos de eslavos eran bastante autónomos, otros vivían bajo una lejana dependencia de los francos, otros seguían siendo tributarios de los ávaros, un pueblo de las estepas que había fundado un gran imperio centrado en el valle medio del Danubio. Si bien es cierto que el poder de estos ávaros había sufrido un debilitamiento, los

francos los consideraban, con toda la razón, como sus vecinos más peligrosos.

Bajando hacia el Mediterráneo, el mundo franco limitaba con los lombardos. Desde el año 568, estos últimos se habían instalado en el valle del Po, un espacio donde los ejércitos francos acostumbraban realizar incursiones de saqueo. Los lombardos habían sido durante mucho tiempo tributarios de los merovingios, quienes despreciaban bastante a aquellos bárbaros meridionales. Los reyes de los lombardos se habían convertido al catolicismo a mitad del siglo VII, pero no se entendían bien con los otros pueblos de la península itálica. El Imperio romano —que llamaremos a partir de ahora bizantino— conservaba, en efecto, el control de numerosas ciudades, sobre todo de Rávena y Roma. Con el tiempo, Constantinopla no tuvo los medios financieros para defender sus posesiones occidentales, pero se negó a abandonar aquella Italia que constituía el antiguo corazón del mundo romano. Estallaron múltiples guerras. Rávena terminó conquistada por los lombardos en el año 751. El papa, oficialmente súbdito bizantino, se encontró a partir de entonces en una situación difícil. Roma empezó a buscar un poder extranjero capaz de asegurar una mejor protección del imperio mientras esperaba una ocasión favorable que le permitiera establecer un poder temporal autónomo. En esas condiciones, Italia constituía un terreno ideal para las aventuras francas. Durante todo el siglo VIII, la familia de Carlomagno llevó a cabo una política oportunista con los diferentes poderes presentes.